

▣ Escrito en [DIXI](#)

Para el visitante que debuta en Buenos Aires, viajar en subte es toda una experiencia. Pero para los porteños, ese submundo urbano es una cotidiana realidad que, a veces, se convierte en sufrimiento.



### Los costos de la rutina

El subte no es un medio de transporte cualquiera. Al contrario, es el más usado en las grandes ciudades porque recorre enormes distancias de un modo veloz y económico. Sin embargo, no todas son ventajas: durante las horas pico –por lo menos en la porteñísima capital argentina- los vagones circulan atestados; los pasajeros viajan apretados y transpirados -del sudor propio y ajeno-. Se pisan unos a otros, se empujan, se vuelven a pisar, mientras que la ausencia del aire acondicionado en los coches es causa suficiente para potenciar las altas temperaturas del exterior.

Todo un mundo. Muchas veces es el descenso a lo desconocido, al hogar –o al ambiente de trabajo- de miles de personas. Negocios, puestos de diarios y revistas; vendedores ambulantes, pobres de toda pobreza, chicos que venden golosinas, almanques e ilusiones. Entre los pasajeros se confunden señores de oficina -saco y corbata prolijamente arreglados- con escolares que escuchan y cantan canciones de moda, todos encuentran en el subte una especie de conexión entre el hogar y las obligaciones.

Para Martín, de 19 años, viajar en el subte es parte de la rutina, como desayunar. Afirma que las horas pico son las peores: “subirse a un vagón a las 7 de la mañana es tan complicado como hacerlo a las 7 de la tarde”. Muchos pasajeros dejan pasar una o dos formaciones hasta encontrar un vagón un poco más vacío. El estrés domina el trance mortal; de lunes a viernes, el hogar comienza a la salida de la estación, con la primera bocanada de aire puro.

### Personajes subterráneos

De todas las edades y colores: así son los personajes del subte. Una mujer con un bebé en brazos ocupa un peldaño de la escalera de la estación Callao (Línea B). Es una esquina estratégica para pedirle una moneda a los miles de pasajeros que pasan presurosos. Algunos se compadecen del bebé y depositan la circunferencia de metal. También están los que miran con desprecio; otros, simplemente, ignoran la escena.

Los túneles que conectan la avenida más ancha del mundo (la 9 de Julio) y que combina tres líneas de subterráneos es un paseo obligado para el turista. Una extensa galería oculta exhibe carteras, zapatos, objetos antiguos y hasta un sándwich de milanesa al paso. Algunos hombres de negocios hacen allí un descanso para lustrarse los zapatos. En algunas estaciones, los puestos de diarios y revistas -colocados a los costados de las vías- son verdaderas librerías que permiten pasar el tiempo hasta la llegada del tren. Uno se entretiene leyendo los titulares y hasta se tienta con la última "Barcelona".

Una vez adentro del subte, aparecen nuevos personajes. Pasean de vagón en vagón tratando de ganarse algún billete; una pareja baila una milonga dentro de la formación; un músico del norte argentino ejecuta, con magistral armonía, una melodía andina, y convierte mágicamente un vagón del subte en un paisaje cordillerano. Todos extienden la gorra con esperanza.

En el subte también convergen el hombre flaco que vende caramelos y al que le falta un brazo; el ex combatiente con sus almanaques blanquicelestes de Las Malvinas; un niño que mendiga sin opción... Todo vale para ganar la pena de los viajeros: una sonrisa, una lágrima, una mueca y algún caballero de bien o alguna dama solidaria comprará esa linterna para el bolsillo o la cartera que nunca encenderá.

De repente, una lejana voz anuncia: "Estación Diagonal Norte, combinación líneas B y D". Afuera, el Obelisco sorprende con su punta pretenciosa y recuerda que allí está el centro de la Ciudad de Buenos Aires.